

*antes de tiempo* (I Cor. 4). Los juicios de Jesucristo, mis amadísimas hermanas, son bien diferentes de los de un hombre envidioso y apasionado. Nunca se ha condenado con tanto rigor en su tribunal como en esos lugares retirados donde la maledicencia procesa á todo el mundo. Un día se hallará desarreglo é injusticia en muchas acciones, que hoy parecen rectas y justas á los ojos de los hombres. »

---

#### MELANIA LA ABUELA O LA ANCIANA<sup>1</sup>.

Por más que algunos autores hayan dado á Melania la Abuela el título de Santa, aquí nos abstendremos de hacerlo, porque no es reconocida públicamente en calidad de tal, ni tampoco su nombre está indicado en el Martirologio Romano. El cardenal Baronio da la razón de ello en estas notas. « Melania la Abuela, dice, no cedió en piedad á la joven, y no mereció menos elogios que esta durante cierto número de años ; pero oscureció el esplendor de sus hermosas virtudes por haberse dejado sorprender después por los errores de Orígenes. » Sin embargo su memoria siempre ha sido muy respetada, y si se la ha tachado de haberse adherido con demasiada facilidad á los sentimientos de Didimio de Alejandría y de Rufino en favor de Orígenes, por otra parte la ha excusado la sencillez de sus intenciones, en un tiempo en que la causa de los Origenistas estaba todavía implicada, y uno se ha persuadido que Dios no permitió que perdiera el fruto de tantas obras

<sup>1</sup> San Paulino, San Jerónimo, Vit. PP. Paladio, Baronio, Tillemont.

buenas como hizo, y que le hizo la gracia de renunciar á sus perjuicios.

Era oriunda de España y de la ilustre casa de Antonio ; así es que no cedió en nobleza á ninguna de las damas romanas. Su familia, establecida en Roma, poseía allí los cargos más honrosos é inmensas riquezas. Se marca su nacimiento en esta ciudad en 342 ó 343, cerca de dos años después del consulado de Marcelino, de quien era nieta, y también de Piniano. San Paulino, quien le dá magníficos elogios, reconoce que él le era tan próximo por la sangre, como san Sulpicio Severo le era por la fé ; y se sabe que rango la casa de San Paulino tenía en el mundo.

Melania fué casada con un personaje que estaba en las dignidades, pero no nos ha quedado su nombre. Entrando en este nuevo estado, que parecía prometerle un feliz porvenir según el gusto del siglo, se halló bien pronto engolfada en una carrera de tribulación. Primeramente fué madre de tres hijos ; pero aparte de muchos falsos partos, tuvo la desdicha de perder á su marido fuera de Roma, quien la dejó viuda cuando tenía á lo más veintitres años. Poco tiempo después Dios también se le llevó á dos de sus hijos, y sólo le quedó el más joven que se llamaba Publícola, y que parece que el Señor se lo conservó menos para consolarla que para aumentar su valor, porque al verle se volvía á la memoria la pérdida de su marido y de los otros.

San Jerónimo nos dice cuales fueron las disposiciones de Melania en tan grandes motivos de aflicción, y le propone á santa Paula por modelo al consolarla por la muerte de su hija Blesilia. « La virtuosa Melania, dice, que, por su piedad y por su nacimiento, tiene hoy día una categoría tan distinguida entre los cristianos, y con quien ruego al Señor nos una á vos y á mí en el día del juicio ; esta virtuosa dama, digo, aún no había rendido los últimos deberes á su marido que acababa de espirar, cuando la muerte

le arrebató á dos de sus hijos. ¿Quién no hubiera pensado que en una coyuntura tan aflictiva no se entregase á los más violentos trasportes del dolor? Sin embargo no derramó una sola lágrima; sostuvo con una firmeza inquebrantable el peso de una desgracia tan cruel; y echándose á los piés de Jesucristo, le dijo con aire más bien alegre que triste, como si lo hubiese tenido entre sus brazos: Ya que me habéis descargado, Señor, de tantos cuidados y de una carga tan pesada, ahora seré más libre para servirlos. »

Melania no se desmintió después de esta resolución; sino que habiendo llegado á Roma con los tres cuerpos de su marido y de sus hijos, donde, dice san Paulino, la pompa de tantos funerales fué el trofeo de su desdicha, se determinó á partir para los santos Lugares con la intención de consagrarse allí enteramente á Dios por las prácticas de la vida religiosa. El demonio, envidioso de tan generoso designio, suscitó para hacerla retroceder todo el poder y la autoridad de sus parientes; pero ella dió un tutor á su hijo bajo la autoridad del Pretor de la ciudad, y partió sin comunicarlo á nadie, aunque esto fuese al principio del invierno, tomando su ruta hácia el Oriente. Fué en primer lugar á Alejandría seguida de muchos siervos y siervas que se había llevado, y llevando cantidad de muebles que vendió para distribuir su precio á los monasterios y á los pobres. Rufino, sacerdote de Aquilea, estaba con ella, sea que se hubiese embarcado en su compañía en el puerto de Ostia, sea que ella le hubiese hallado en Alejandría; pero no es cierto que allí hubiese visto á San Atanasio, porque algunos autores creen que ella no fué allí hasta el año 373, y otros dicen que este santo obispo murió en 371. Sin embargo llevó consigo otros grandes personajes, sobre todo al sacerdote Isidoro el Hospitalario, conocido en Roma en donde había acompañado á San

Atanasio el mismo año que su abuelo Marcelino era Cónsul, y el célebre Didimio, quien era ciego desde la edad de cuatro años, y no obstante había adquirido una grande reputación por su erudición. Hemos dicho en otra parte que fué á visitar á la virgen Alejandra, que se estaba encerrada en una tumba cerca de la ciudad, donde unía los trabajos de la penitencia á las dulzuras de la vida contemplativa.

Como Isidoro había sido educado entre los solitarios de la montaña de Nitria, habló de ellos á Melania con tantos elogios, que deseó ir á verlos. También parece que había ido á Alejandría para edificarse cerca de los solitarios de los desiertos vecinos, independientemente de cuanto Isidoro le dijo de los mismos. No repetimos cuanto hemos dicho al efecto en la vida de san Pambón y de otros Santos, cuyas celdas ella recorrió para recibir sus instrucciones y su bendición.

Habiendo muerto san Atanasio, los arianos, protegidos por el emperador Valente, excitaron una cruel persecución contra los católicos. Gran número de obispos, de sacerdotes y de solitarios fueron dispersados ó conducidos al destierro. Hemos relatado en el volumen precedente cuanto estos últimos tuvieron que sufrir por parte del famoso obispo Lucio, insigne ariano, protegido por Paladio, prefecto de Egipto y pagano, y por parte del conde Magno, general de las tropas, quienes cometieron extraordinarias crueldades en estos desiertos. En esta triste situación, Dios, que siempre vela en favor de los defensores de la verdad, suscitó á Melania para asistir á sus servidores con todas las mañas que la caridad más generosa puede inspirar.

San Paulino nos da idea de esta circunstancia en su carta á san Sulpicio Severo: « Mientras el furor de los arianos, dice, tenía al emperador Valente por ministro, y

perseguía bajo su autoridad á la iglesia del Dios vivo, Melania era siempre la primera en combatir por la fé, ó tomaba parte en los combates de los otros. Ella recogía á los fugitivos, y acompañaba á los presos.

Pero como hubiese retirado en secreto á aquellos á quienes los arianos perseguían con mayor animosidad por su constancia inquebrantable en la fé y por su reputación más insigne, se levantó contra ella una sedición excitada por el artificio del demonio; de suerte que la cogieron para llevársela prisionera, con la amenaza de que si no descubría á aquellos que había escondido, le harían sufrir las mismas penas que estaban ordenadas contra ellos, como habiendo sido desobediente á las leyes públicas. Bien lejos de manifestar el menor temor, ó de pensar en robarse á su furor, ella sólo esperó que se la llamara delante de la justicia; y salió al encuentro de los saeteros que se la querían llevar, penetrada de alegría por la injuria que sufría públicamente, y del deseo de dar su vida misma por la gloria de Jesucristo. Se presentó delante del juez con tal intrepidez, que lo dejó atónito y confuso. Quedó movido de veneración por una dama de una virtud tan respetable, y la pasión que le inspiraba su error se trocó en admiración por la magnanimidad de su fé.

« En este mismo tiempo, añade san Paulino, nutrió durante tres días á cinco mil solitarios que estaban escondidos, sin que el temor de ser sorprendida le impidiese el ejercer la caridad con ellos, por más que los magistrados hubiesen hecho sobre el particular grandes prohibiciones. Aunque temiera poco sobre esto su cólera, hubiera deseado que la gloria de sus buenas obras no hubiese aparecido más que á los ojos de Dios; pero cuanto mayores eran sus limosnas, tanto menos podían permanecer ocultas á los ojos de los hombres, teniendo tantos testigos cuantos servidores de Dios hacía vivir. »

Muchos solitarios que entonces persiguieron fueron desterrados á Diocesárea en Palestina; á donde también habían sido relegados varios obispos de Roma; de suerte que allí se hallaron ciento veintiséis confesores, obispos, sacerdotes, otros eclésiásticos y solitarios. Melania los siguió y los proveyó generosamente con sus bienes de cuanto necesitaban. Aquellos que estaban encargados de guardarlos impedían que los visitase persona alguna de consideración; pero ella se vistió como una simple esclava y así les llevaba por la noche todo cuanto necesitaban. El gobernador de la Palestina lo supo, y esperando amedrentarla con amenazas y sacarle alguna suma considerable de dinero, la hizo coger y aprisionar, no sabiendo cual era la grandeza de su nacimiento.

Melania, que en Egipto había mostrado tanta alegría al sufrir una injuria pública por Jesucristo, creyó ser de la gloria de este divino Maestro el reprimir en esta ocasión la temeridad del gobernador haciendo valer los derechos de su condición como había hecho san Pablo cuando se declaró ciudadano romano para contrarestar las violencias de los magistrados paganos. Se lo hizo, pues, saber en estos terminos: Yo soy hija de fulano y he sido esposa de zutano, que ambos han poseído grandes dignidades en el mundo, ahora soy una humilde sierva de Jesucristo: no penséis en menospreciarme porque voy mal vestida, pues magníficos son los hábitos que poseo; no creáis turbarme más con vuestras amenazas, ni apoderaros de algo que me pertenezca, teniendo bastante poder para impedirlos. He querido daros este aviso, por temor de que por vuestra ignorancia os comprometieseis en cometer semejante falta. »

Esta declaración hizo que el gobernador entrara bien pronto en sí mismo. Él le dió grandes excusas; le rindió todos los honores debidos á su nacimiento y á su mérito, y

dió orden que se le permitiera visitar á los santos confesores tanto como le pluguiera.

Habiendo estos vuelto del destierro, Melania fundó un monasterio en Jerusalén, donde reunió cincuenta religiosas pasando allí veintisiete años. Durante este tiempo tuvo á Rufino por guía en la vida espiritual, y continuó sus obras de caridad con más profusión que nunca.

Me faltaría tiempo, dice Paladio, si quisiera escribir cuanto sé de ella sobre el particular, y creo que apenas un grande fuego podría consumir tantos bienes como el fuego de su ardiente y toda celestial caridad ha consumido para asistir á los pobres y á los desgraciados. Así no soy yo el que lo debo decir; que lo digan los habitantes de Persia, de la Gran Bretaña, de todas las islas; pues el Oriente y Occidente, el Septentrión y el Mediodía experimentaron sus liberalidades. »

En efecto, de todos los países del mundo un número inconcebible de peregrinos iba á Jerusalén á visitar los santos Lugares. Estas eran personas de todos los estados y condiciones: Obispos, sacerdotes, monjes, vírgenes, gentes casadas, gentes de calidad y del pueblo; y Melania se portaba con una caridad inenarrable prestándoles todos los auxilios que necesitaban.

« Durante los treintisiete años, añade Paladio, que pasó fuera de su país sus caridades entraron en las iglesias, en los monasterios, en los hospitales, en las cárceles, y para decirlo todo en una palabra, jamás persona alguna recurrió á su asistencia sin recibir su socorro; su hijo, sus parientes, y sus apoderados todos los años le mandaban grandes sumas de dinero, que eran como el aceite de que la proveían para esta ardiente lámpara de su caridad. »

San Jerónimo dice que las virtudes que ella practicó en Jerusalem y principalmente su humildad, fueron tan maravillosas que le dieron el sobrenombre de Tecla; y escri-

biendo á Aselia, pone á santa Paula y á Melania en el mismo grado de virtud, y justifica por un elogio común á ambas su insigne piedad contra la censura del mundo, cuyas máximas perniciosas condenaban con su desprendimiento, su humildad y su paciencia.

San Paulino también nos enseña cuan santa era su conducta y cuan laboriosos sus ejercicios. « Ved, le dice, cual es el poder de Dios en esta perfecta paloma. Su nutrición es el ayuno, sus delicias la oración, su banquete la palabra de Dios, sus hábitos un paño grosero, su lecho un cilicio puesto sobre la tierra con una manta de muchas lanas y de piezas reunidas. Esta cama tan dura de sí misma, se le vuelve blanda por las lecturas santas en las cuales emplea una parte de la noche, y su alma se repone cuando ella vela en el Señor. »

Tal era la piedad de Melania, ya en Roma cuando se consagró toda á Dios, ya en Oriente y particularmente en Jerusalén. No nos hemos contentado con el testimonio de Paladio, que podría parecer sospechoso, sino que hemos añadido los de san Jerónimo y san Paulino que en esto no se pueden acusar de parciales ni lisonjeros.

Aun hizo un viaje á Nitria, donde asistió á la muerte de san Pambón, como lo hemos dicho en la vida de este Santo, y recibió de él una cesta que se llevó como un tesoro precioso, contando guardarlo hasta el fin de su vida. Tilemont dice que hizo este viaje hacia el año 385, y que san Jerónimo habiendo ido á Belén con santa Paula el año 386, permaneció unido con Rufino, su director, hasta el año 393. Entonces fué cuando san Jerónimo habiendo conocido que Rufino daba en los errores de Orígenes, se indispuso fuertemente con él, y llegaron á ser tan enemigos el uno del otro, como amigos habían sido antes.

Como pareciera que Melania conservara siempre la misma estimación para Rufino, san Jerónimo, quien hasta